

Devoción a los Siete Dolores de María Santísima

De Nuestra Señora, y de su costumbre de honrar los sufrimientos de su divino Hijo recorriendo frecuentemente los lugares santificados por los distintos pasos de la Pasión, nos viene la devoción del Vía Crucis. La Iglesia, a su vez, ha querido desde siempre dar culto a los Dolores de Nuestra Señora, teniendo en cuenta la profecía que le hiciera el anciano Simeón: *«Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción –¡y a ti misma una espada te atravesará el alma!– a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones»*.

1º Historia de la devoción a los Dolores de María.

La devoción de meditar en los Dolores de Nuestra Señora, aunque siempre formó parte de la piedad católica, empezó a florecer en mayor escala en el siglo XIII. En Florencia, siete santos varones de familias nobles dejaron la ciudad, buscando la soledad en el Monte Senario, y juntos formaron una comunidad para dedicar sus vidas a la oración y a la penitencia. Estos siete santos varones tenían todos una ardiente devoción a Nuestra Señora.

Pues bien, el Viernes Santo de 1239, mientras meditaban en la Pasión de Nuestro Señor y en los sufrimientos de Nuestra Señora, Ella se les apareció y les reveló su deseo de que formasen una Orden dedicada a la práctica y a la difusión de la devoción de sus Dolores.

A pedido de Nuestra Señora, los siete fundadores, todos ellos santos canonizados, fundaron entonces la Orden religiosa de los Siervos de María, o Servitas, fijándose como objetivo la meditación de los dolores sufridos por Nuestra Señora en la Vida, Pasión y Muerte de su divino Hijo, y dedicándose a promover esta misma devoción entre todos los católicos, para lo cual introdujeron la Corona (o pequeño Rosario) de los Siete Dolores de la Santísima Virgen María.

2º Excelencia de la devoción a los Siete Dolores.

De más está decir cuánto agrada a Nuestro Señor la consideración de los Dolores con que Nuestra Señora lo acompañó durante su Pasión. Si la meditación de la Pasión ya es tan saludable para el alma cristiana, y ha sido grandemente

encarecida por los Santos, huelga decir lo provechosa que es también la consideración de los Dolores que nuestra buena Madre del cielo soportó por nosotros, en unión con Jesús, para redimirnos del pecado. La misma Virgen dijo a Santa Brígida de Suecia (1303-1373):

«Miro a todos los que viven en el mundo para ver si hay quien se compadezca de Mí y medite mi dolor, mas hallo poquísimos que piensen en mi tribulación y en mis padecimientos. Por eso tú, hija mía, no te olvides de Mí, que soy olvidada y menospreciada por muchos. Mira mi dolor e imítame en lo que pudieres. Considera mis angustias y mis lágrimas, y duelete de que sean tan pocos los amigos de Dios».

La excelencia de esta devoción brilla, además, en las siete gracias que Nuestra Señora prometió conceder a quienes la honren y acompañen diariamente con siete Avemarías mientras meditan en sus lágrimas y Dolores:

1º Concederé la paz a sus familias.

2º Les daré abundantes luces sobre los divinos misterios.

3º Las consolaré en sus penas y las acompañaré en sus trabajos.

4º Les daré cuanto me pidan, siempre que no se oponga a la adorable voluntad de mi divino Hijo o a la salvación de sus almas.

5º Los defenderé en sus luchas espirituales contra el enemigo infernal, y los protegeré a cada instante de su vida.

6º Los asistiré visiblemente en el momento de su muerte, y verán el rostro de su Madre.

7º He conseguido de mi divino Hijo que todos aquellos que propaguen la devoción a mis lágrimas y Dolores, sean llevados directamente de esta vida terrena a la felicidad eterna: todos sus pecados les serán perdonados, y mi Hijo será su consuelo y gozo eterno.

La tradición y piedad del pueblo fiel ha determinado al número de siete los Dolores de Nuestra Señora: 1º la profecía del anciano Simeón a Nuestra Señora, anunciándole la espada de dolor que atravesaría su alma en el momento de la Pasión; 2º la huida a Egipto para salvar al Niño Jesús de la persecución de Herodes; 3º la pérdida del Niño Jesús en el Templo a la edad de doce años; y luego, ya en el tiempo de la Pasión: 4º el encuentro de Nuestra Señora con Jesús con la Cruz a cuestras camino del Calvario; 5º la crucifixión y agonía de Jesús en la Cruz; 6º el recibimiento del cuerpo exánime de Jesús después de ser descolgado de la Cruz; 7º la sepultura de Nuestro Señor, que dejaba a Nuestra Señora sumida en la más terrible soledad.

Téngase en cuenta, sin embargo, que este número de siete no es número de límite, sino de totalidad y plenitud, como son siete los sacramentos, y siete los dones del Espíritu Santo; señalan, pues, la universalidad del dolor de la Virgen María. En ese sentido decía San Bernardo: «¡Oh Corazón virginal, pintado con siete espadas, con setecientas deberían pintarte! No pueden compararse las estrellas del cielo, ni las gotas del mar, con los dolores de la Virgen María».

En efecto, así como «toda la vida de Cristo fue cruz y martirio» (Imitación de Cristo), también lo fue la vida de su Santísima Madre. Por eso San Juan Eudes, al enunciar los Dolores de María, además de los siete que soportó durante la Pasión de Jesús, cita entre otros: • el que padeció en la dolorosa circuncisión de Jesús; • el que le provocó la triste profecía del anciano Simeón; • el que sintió en la cruel persecución del rey Herodes; • la aflicción de María durante los tres días de la pérdida de Jesús en el templo; • la privación de la compañía de Jesús durante su vida pública; • las angustias de su Corazón inmaculado frente a la oposición y a las injurias de que Jesús era objeto de parte de fariseos y sacerdotes; • las ocasiones en que los judíos intentaron condenar a muerte, o trataron de endemoniado, a su divino Hijo; • las persecuciones y tribulaciones de la Iglesia naciente de parte de los judíos incrédulos.

3º Práctica de la devoción de los Siete Dolores.

No hay nada expresamente marcado sobre la práctica de esta devoción: consiste esencialmente en acompañar a Nuestra Señora, con el pensamiento y el afecto, repasando sus siete Dolores.

- *Este repaso y acompañamiento puede hacerse de manera puramente mental.*
- *También suele hacerse del mismo modo que el Rosario, mencionando cada dolor, y rezando pausadamente una o siete Avemarías (según la devoción de cada uno) para ayudarse en la consideración del Dolor correspondiente. Si se rezan siete Avemarías en cada Dolor, suele hablarse de **Rosario** de los Siete Dolores; y de **Corona** de los Siete Dolores, si se reza una sola Avemaría.*
- *Finalmente, puede seguirse una fórmula ya establecida, sacada de algún libro de devoción, con la cual se ayude uno a recorrer y considerar cada uno de los siete Dolores. A continuación dejamos una de estas fórmulas.*

OFRECIMIENTO. — Virgen sin mancula, Madre de piedad, llena de aflicción y de amargura, os suplico que ilustréis mi entendimiento e inflaméis mi voluntad para que, con espíritu fervoroso, contemple los Dolores que se proponen en esta santa Corona, y pueda obtener las gracias prometidas a los que practican este santo ejercicio. Amén.

Primer Dolor. — Me compadezco, Señora, de Vos por el dolor que padecisteis al oír LA PROFECÍA DEL ANCIANO SIMEÓN, cuando os dijo que la Pasión de vuestro Hijo sería una espada de dolor que atravesaría vuestro Corazón. Haced, Madre mía, que sienta en mi interior la Pasión de vuestro Hijo y vuestros Dolores, obligándoos, en memoria de este Dolor, con un *Padrenuestro*, siete *Avemarías* y un *Gloria Patri*.

Segundo Dolor. — Me compadezco, Señora, de Vos por el dolor que padecisteis en LA HUIDA Y DESTIERRO A EGIPTO, pobre y necesitada en aquel largo camino. Haced, Señora, que me vea libre de las persecuciones de mis enemigos, obligándoos, en memoria de este Dolor, con un *Padrenuestro*, siete *Avemarías* y un *Gloria Patri*.

Tercer Dolor. — Me compadezco, Señora, de Vos por el dolor que padecisteis al tener a vuestro Hijo, EL NIÑO JESÚS, PERDIDO EN EL TEMPLO de Jerusalén,

por espacio de tres días. Concededme lágrimas de verdadero dolor para llorar mis culpas, con las cuales he perdido a mi Dios, y haced que lo encuentre siempre, obligándoos, en memoria de este Dolor, con un *Padrenuestro*, siete *Avemarías* y un *Gloria Patri*.

Cuarto Dolor. — Me compadezco, Señora, de Vos, por el dolor que padecisteis en el ENCUENTRO DE JESÚS CAMINO DEL CALVARIO, cargando El con la pesada cruz sobre sus espaldas, y sufriendo escarnios, injurias y caídas. Haced, Señora, que lleve con paciencia la cruz de la mortificación y de los trabajos de la vida, obligándoos, en memoria de este Dolor, con un *Padrenuestro*, siete *Avemarías* y un *Gloria Patri*.

Quinto Dolor. — Me compadezco, Señora, de Vos por el dolor que padecisteis en LA AGONÍA Y MUERTE DE JESÚS, CLAVADO EN CRUZ entre dos ladrones. Haced, Señora, que viva crucificado a mis vicios y pasiones, obligándoos, en memoria de este Dolor, con un *Padrenuestro*, siete *Avemarías* y un *Gloria Patri*.

Sexto Dolor. — Me compadezco, Señora, de Vos por el dolor que padecisteis en EL DESCENDIMIENTO DE JESÚS DE LA CRUZ, al recibir en vuestros brazos aquel santísimo Cuerpo desangrado, con tantas llagas y heridas. Haced, Señora, que mi corazón viva inflamado de amor de Dios y muerto a las vanidades del mundo, obligándoos, en memoria de este Dolor, con un *Padrenuestro*, siete *Avemarías* y un *Gloria Patri*.

Séptimo Dolor. — Me compadezco, Señora, de Vos por el dolor que padecisteis en LA SEPULTURA DE JESÚS, y en vuestra soledad, sepultado ya vuestro Hijo. Haced, Señora, que quede yo sepultado a todo lo de la tierra y que viva solamente para Vos, obligándoos, en memoria de este Dolor, con un *Padrenuestro*, siete *Avemarías* y un *Gloria Patri*.

ORACIÓN FINAL. — Purísima Virgen María, traspasada de dolor con la espada de vuestro Hijo, que os profetizó Simeón; obediente y necesitada en la huida a Egipto; triste y atribulada buscándolo perdido; llena de amargura y lágrimas al encontrarlo con la pesada cruz; afligida y angustiada al verle agonizar y morir; atormentada cruelmente con el Hijo muerto en los brazos; sola y desconsolada al dejarlo en el sepulcro; yo, el más indigno de vuestros siervos, os ofrezco esta Corona en reverencia de vuestros Dolores, y humildemente os suplico que, si es para mayor gloria de Dios y bien de mi alma, me alcancéis de la divina Majestad la gracia que os pido, y si no, que se haga en todo su voluntad santísima, con tal que yo no le ofenda. Juntamente os suplico intercedáis por nuestro Santísimo Padre, por la paz y concordia entre los príncipes cristianos, exaltación de la santa fe católica, destrucción de las herejías, conversión de los infieles y confusión de los mahometanos. Mirad con ojos de piedad a vuestros devotos y concededles especiales auxilios de gracia, para mayor gloria de Dios y vuestra. Amén.